

## UN CANGREJO ESPACHURRADO

(Madrugada del día 3)

Hemos estado en vela Pacucha, Joan y yo, ayudando a María a vomitar cada cierto tiempo e intentando que se hidrate, tiene un fuerte dolor de cabeza que apenas le deja hablar. Ha venido el médico de madrugada y se la han llevado al Hospital Universitario de Coruña. Le pregunto a Don Macario por ella. “No entiendo que no me hayan llamado antes... tiene un deterioro inexplicable, la trato desde que nació, de hecho la ayudé a nacer, siempre ha sido fuerte y saludable..., las malditas drogas...”. “¿Cree que es por eso?”. Yo sabía que María llevaba limpia años pero, qué creía saber yo de María, ya no estaba seguro de nada...”. No son síntomas compatibles con una sobredosis..., yo me temo lo peor... quizá un tumor... cerebral... no sé...”. El no sé de su médico de cabecera me sumió en la penosa convicción de que María no salía de ésta. Creo que ella lo sabía cuando me acerqué a su cama recién llegado del aeropuerto. No me lo dijo con palabras pero sus ojos no brillaron como siempre lo hacían cuando nos veíamos después de largo tiempo. Su brazo se alzó como una serpiente ondulante y adormecida por los vapores de mentol que saturaban el cuarto, buscó torpe mi mano y sus dedos huesudos apenas apretaron los míos. “Se muere, pensé, se muere la Maruxa...”. Pero se dicen las palabras que uno no quiere que tengan razón, las expulso de mi interior porque no quiero que fermenten dentro y se conviertan en un moco verde y ácido y, lo peor, que reflejen lo que va a pasar. Con esos dedos frágiles entre los míos, por las paredes blancas de la habitación se reflejan de improviso rizos de espuma de mar, se descuelgan del techo algas sarmentosas y una ola rebota furiosa contra la cama de María, que se levanta y corre tras de mí saltando entre las rocas. Yo voy delante con la joya que el mar nos entregaba esa mañana, un pequeño cangrejo que tuvo más impericia para escapar que yo para apresarlo. Era mi trofeo, mi primera experiencia como avezado pescador, héroe de las rocas, urbanita victorioso y esa euforia me hizo aguantar el destrozo en las plantas de los pies que produjo mi apresurada carrera sobre las rocas medio enterradas en la arena. Y detrás de nuevo el aliento de María, ya le costaba más pillarme pero también sabía que me iba a cansar antes que ella, así que paré y se plantó delante:

—Dámelo, lo vi yo primero.

—Pero yo lo he cogido...

Ese fue todo el uso que tuvimos a bien hacer de la útil innovación que la palabra supuso en los humanoides como nosotros. María pasó a la acción y me derribó en un santiamén. Yo alargaba el brazo con la presa todo lo lejos que pude mientras la golpeaba con el otro. Ella encima de mí trepó por el brazo hasta presionar la mano con tal fuerza que la abrí y un pobre cangrejo espachurrado cambió de propietario, ahora era de una triunfante guerrera. Recuerdo mi reacción con oprobio, no me levanté y fui a por mi trofeo, no, hice lo más vergonzoso que se imagina uno pero lo más útil dada la situación: lloré como una magdalena mientras me

dirigía hacia “los mayores”, fuente de toda justicia y virtud. Pacucha ya se había levantado y le chillaba a María en gallego, idioma en el que su cabreo se expresaba con más rotundidad. Yo, refugiado en los brazos de mi madre, miraba la escena humillado por la fugaz mirada de mi padre desde un flanco del periódico, niño llorón, que terminó con la derrota de María entregando rabiosa el cangrejo a su madre. Un azote en el brazo pecador terminó el episodio. Nunca había visto a Pacucha, en esa época tía Pacucha, tan contundente con María; siempre fue calmada, dialogante con ella y conmigo, tantas veces como me quedé en su casa a dormir, tantas veces que medió con justicia en nuestras disputas. El epílogo fue peor, Pacucha tiró los restos del cangrejo, “qué asco, pobre bicho”, María se sentó furiosa lo más lejos que pudo de mí y yo salí también derrotado de los brazos maternos. No hubo sino perdedores esa mañana y por la tarde un sentimiento nuevo, de clara inferioridad moral, se añadió a mi oprobio. Después de una tediosa sobremesa que pasé medio dormido en un sillón, apareció tía Pacucha con María de la mano, la dejó a escasos dos metros de mi sillón, dio la vuelta y se fue. Mamá la miró sonriendo y papá con atención, jo, como me acuerdo después de tantos años... María en un gesto que luego capté cientos de veces, movió la cabeza como si hablara con ella misma y luego su expresión mudó, sonrió, avanzó unos pasos y se plantó ante mí:

—Lo siento, perdona por lo de esta mañana... —se calló como si estuviera evaluando el efecto de sus palabras— en la playa...

Ni que hiciera falta una aclaración, claro que en la playa... Y entonces, mi majestuoso yo gobernó un escorzo pectoral de cráneo, mi gesto se enfurruñó y mi hombro derecho subió lo que daba de sí para tratar de esconder la cabeza. Yo no estaba acostumbrado a aquellas cosas, en mi clase nadie pedía perdón por aquella época, no habíamos descubierto el formidable potencial de la disculpa como facilitador social, así que mi reacción era ante un universo desconocido que María acababa de descubrir ante mí. Se conoce que a los diez años el mundo era distinto y yo aún no estaba en ese nivel. Ella miró a los dos adultos presentes en el cuarto que condicionaban la escena, pero prefirió no prolongar su actuación, se agachó y me puso la boca en el oído, “vamos a por bígaros..., se los regalamos a ellos...” y terminó con un suave beso en mi mejilla, que, estando sonrosada por mi propia y estúpida reacción, estalló en mil colores. No había otra solución que levantarse con un pequeño gruñido de “no te creas que me tienes ya...” y tratar de que los papis no me gritaran por más niño aún que en la playa.

—Sí, coged un esquilero y una bolsita... —mamá empujaba mi rehabilitación emocional.

—Los bígaros no se cogen así, tía —María había decidido llamar tía y tío a mis padres como respuesta táctica a mi “tía Pacucha”.

Y luego, con la naturalidad que siempre tuvo y, por dios, tiene, tiene, en presente, María, tienes, me cogió la mano, me llevó a la cocina, fugaz mirada madre hija, descolgó una bolsa de lona y me sacó de la casa camino de la costa. No encontramos ni uno, me refiero a los

bígaros, la marea no ayudó, pero yo recuerdo como si fuera hoy la mano de María tirando con fuerza de su tonto amigo de ocho años que se hacía el dolido para no sentirse avergonzado. Aunque aquella tarde no paró de hablar con toda naturalidad yo apenas lo hice, me sentía muy niño junto a ella, a gusto e incómodo, así de raro. Al volver, iniciando derrotados por los bígaros el camino de vuelta a casa, me cogió la mano otra vez:

—¿Estás enfadado conmigo?

Negué con la cabeza aunque esta vez no acompañé tan noble gesto con un gruñido. María me besó en la mejilla y me miró con esos ojos grandes llenos de luz que me hicieron quererla tantos años tanto... Me llevó de la mano hasta unos metros antes de la casa, allí la soltó sin mirarme con sabiduría infantil, aunque creo que desde ese día siempre la he sentido entre las mías cuando pienso en ella, ahora mismo la tengo entre ellas, flácida y temblona, y no puedo mirar sus ojos pícaros llenos de luz porque los tiene cerrados. Oigo su débil respiración, en las paredes de la habitación las algas sarmentosas burbujean de mar mientras las olas rompen ahora con suavidad en la cama de María.